

El amor y la muerte*

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Respecto de las discusiones sobre la naturaleza del alma, ha sido vasto el campo de locuras humanas, locuras ininteligibles para sus propios autores. Thales pretendía que el alma se movía por sí misma; Pitágoras, que era una sombra provista de esta facultad de moverse por sí misma; Platón definíala como una substancia espiritual moviéndose a ritmo de un número armónico; Artistóteles, armado de su extraña palabra “entelequia”, nos habla del acuerdo de todos los sentimientos juntos; Heráclito créela una exhalación; Pitágoras, un desprendimiento del aire; Empédocles un compuesto de los elementos; Demócrito, Leucipo, Epicuro una mezcla de no sé qué de fuego, de aire, de viento y de otro cuarto elemento que no tiene nombre. Anaxágoras, Anaxímenes, Arquelao, componíanla de aire sutil; Hipono, de agua; Jenofonte, de agua y de tierra; Parménides, de agua y de tierra; Boecio, de fuego y de aire; Critias, colocábala sencillamemnte en la sangre; Hipócrates no veía en ella otra cosa que un espíritu esparcido por todo el cuerpo; Marco Antonio la tomaba por viento; y Critolao, cortando lo que no podía desatar, suponíala una quinta substancia.

Erótica Biblion, Mirabeau

1. RICARDO

Sólo hay dos misterios grandes en la vida de los seres humanos: la muerte y el amor. El guardián de esos dos misterios es el tiempo, ese bromista que todo lo muda y lo transforma y que tras la máscara más bufa oculta la carroña y que en los abismos acrisola la luz. Hacia el pasado se van desvaneciendo los recuerdos de las personas que se han ido, hasta transformarse en mito, en mentira piadosa o simple olvido. Los muertos son el polvo que pisamos y la sombra que nos dicta al oído lo que somos. En el presente se vive en la cuerda floja: cualquier cosa puede pasar y cualquier cosa puede ser simplemente, la muerte, tan súbita como un cataclismo y más irremediable que la alternancia de los días y las noches. Del futuro no podemos pregonar sino nuestra ignorancia y nuestra esperanza. Y sin embargo hasta las volutas del humo de un cigarro en el aire calmo de una habitación tienen un orden, un sentido y un significado que escapa a nuestro entendimiento, mucho más la vida de

*Fragmento de novela que será publicada próximamente por la Editorial Alfaguara.

una mujer, constituida por miles de millones de volutas de humo, actos que uno tras otro se fueron encadenando, para después esfumarse, y que nadie, ni siquiera ella, quizás ella menos que nadie, podría juzgar, sopear, calibrar, qué absurdo, la vida, la vida, *la vie en rose*, la hermosa vida, la espantosa e insoportable, la de todos los días y la exaltada de las noches de amor, ninguna vida debe ser motivo de juicio, ni aquí ni ahora ni nunca ni en ninguna parte. Nuestra madre escuchando a Edith Piaf, moviéndose al ritmo de *La vie en rose*. Se vive como se puede, no como se debe. El deber no existe. Los héroes antes que héroes fueron seres humanos, bestias conscientes. Las muertes se unen apretando el hilo del tiempo, reduciéndolo a nada, llevándonos a la conclusión de que lo que fue fue, y nunca podría no haber sido. Lo que fue fue, y lo demás es imposible. Y no obstante, cuántas olas levantó nuestra madre en las aguas del tiempo y cuántos temblores del amor, de amores, no palpitan en los cuerpos de nosotros, sus hijos, que la vimos morir con los labios apretados, sin convertirse en niña ni protestar y sin pedir alivio o muerte, como tantos ancianos. No hizo el más mínimo intento para consolarnos de lo irremediable, para explicarnos la más leve sombra del misterio –de los misterios– de su vida llena de tropiezos y bifurcaciones, de cambios feroces, de esplendores y aparentes fracasos.

2. BYRON Y RICARDO

Yo, dice Byron, lo que recuerdo de nuestra infancia es una enorme, anárquica libertad y dos territorios en nuestras casas, que siempre fueron de madera, llenas de grietas y orificios. Grietas y agujeros por donde se colaba la luz y la vida a raudales, agrega Ricardo, que fue un exaltado de la imaginación, me veo espiando al género femenino, monstruosamente culpable, una tras otra desfilaron ante mis ojos la mulata, la manchada, Clemencia, Enedina, mi propia madre en su primera gordura, mi madre abrasada por el calor del trópico, en ropa interior, ella en una cama, la gringa del cuerpo de paz en la otra.

3. LIRIAM MARULANDA

¿Ricardo? Lo conocí en la Universidad del Valle a fines de los sesenta. Estudiaba filosofía con una rarísima desesperación, era el egoísta más grande, el ególatra más desafortado que he conocido, se amaba a sí mismo con pasión tan puritana, que no había día en que no se levantara después de las seis mañana a hacer ejercicio para cultivar su cuerpo, salía del

apartamento de San Fernando –donde vivía con otros cuatro hermanos suyos, tan grandotes y tan locos como Ricardo– cuando apenas el sol estaba apuntando y echaba a correr rumbo a Pance, dale y dale, kilómetros y kilómetros, con un programa frenético que él mismo se había trazado que consistía en aumentar dos kilómetros semanales comenzando con cinco, de modo que hacia el final del año estaba llegando a correr casi cuarenta, de domingo a domingo, regresaba, se bañaba y se iba a la universidad en pantalonera, luciendo unos muslos de corcel, usaba unos shorts desvergonzados, en la clase de Else Kraft, que, pobre, tenía que hacerse fuerte ante el impudor de Richard explicando a Hegel, ay Else, soltera, casi solterona –afortunadamente se casó después de los cuarenta–, imaginarla tan hermosa, y en la flor de su madurez, observando a ese muchacho poderoso de cuerpo de Apolo de Belvedere que con una suficiencia de Aristóteles se permitía explicar con minucia matemática qué era lo que Hegel quería decir en el primer prólogo a la introducción de *La fenomenología del espíritu*, algo que no había entendido ni Wenceslao Roces, el traductor al castellano, y que Ricardo sí había llegado a columbrar, pues no se contentó con leer a Hegel en español, sino que tomó clases de alemán con el dictador de Herr Wodchak, a quien apabulló recitando enteras declinaciones endemoniadas, hazaña intelectual que le valió buena fama entre los profesores, y fue más allá el buen Ricardo, ya que tras leer los 25 tomos de las Obras Completas de Freud en la buseta que lo llevaba desde Cali hasta Meléndez todas las mañanas –cosa que hacía después de levantarse temprano para ir a entrenar sus 40 kilómetros diarios– decidió meterle el diente a Jacques Lacan, y con la ayuda del profesor Jarauta, un flaco cabezón y genial recién llegado de España, no sólo logró entender al abstruso teórico, sino que escribió un *Manual para entender a Lacan*, que vendió a precio de oro a sus compañeros, en esos días en que estaba de moda despotricar contra Freud y lucir a Lacan. Pero el ansia intelectual no le bastó a Ricardito, que quería comerse a tarascadas el mundo y figurar a toda costa como imbatible: buscó caminos más expeditos para conseguir la fama –quería hacerse notar desesperadamente, aunque tuviera que pasar por encima de todos, frenético por aplastar al mundo entero como si estuviera pisoteando cucarachas y odiara a la humanidad en pleno, bailando un zapateado sobre quien tuviera la peregrina debilidad de acercarse a él, no le importaba, o quizás no se daba cuenta, que con esa actitud se ganaba el odio de marxistas, leninistas, católicos, maoístas, vecinos, compañeros. Que estaba más loco que una cabra loca nadie lo dudaba. Creía que las hazañas de Hércules eran paparruchadas en comparación con lo que él podía hacer y un día estuvo a punto de convencer-

nos, cuando en un partido de básquet contra Ingeniería, fueron expulsados tres compañeros de Humanidades y sólo quedaron Ricardo y el flaco Yánez. El árbitro ya iba a pitar la cancelación del partido cuando Ricardo se acercó a él y se puso a gesticular como orate hasta que el individuo dijo bueno, que siga el partido: y así jugaron, dos contra cinco, dos de Humanidades y cinco de Ingeniería, pues resulta que Ricardo recibía la pelota y dale, a correr, a fintar y canasta, la tomaban los de Ingeniería y canasta, Ricardo de nuevo y canasta, y así hasta el último minuto en que estuvo a punto de consumarse la hazaña, pero al final el viejo Yánez dijo ya no puedo y se sentó en la línea, de modo que canasta, fin y derrota. Ése era Ricardo, que se creía omnipotente y que hizo tantas cosas extravagantes en Filosofía, que nadie olvidará. Una de ellas, graduarse (vestido con pantalón de torero, pelo ceñido de nadador o cantante de tangos y sacoleva) con una tesis cuyo título ya era una tarugada del tamaño del mundo: *Introducción a mi narcisismo*. Imaginad eso, amigotes, erda, y pasar por encima de la Facultad de Filosofía gracias al apoyo de Jarauta, el español que trajo a Lacan a Cali. Tuvo amores, provisionales, como los de todos los machos vanidosos y prepotentes, y a sus amadas les puso horarios extremadamente limitados y las sometió al imperio de una sexualidad apresurada. Resulta que este pequeño dios, este Rivera—todos los Rivera hijos de doña Edith se creen dioses y son unos hijeputas triple A— tenía una zona oscura que sólo yo conocí, yo, Liriam Marulanda Vélez, fui su consejera, quizás gracias a que nunca me dejé poner las manos encima, me llamaba desesperado a las tres de la mañana, Liriam, tengo miedo, quiero que vengas, y ahí iba yo a San Fernando, llevándole de paso algo de comer, pues siempre tenía hambre y nunca disponía de dinero, nos encerrábamos en una habitación oscura y sentados sobre almohadones, él me contaba sus penas, que tenían que ver con su madre, doña Edith, a quien amaba y odiaba con furia criminal, no le podía perdonar que lo hubiera traicionado no con uno sino con varios hombres, generalmente subdotados, ay Liriam, cómo entiendes a mi madre, esa criatura celestial, en brazos de entidades inferiores y yo tenía que desglosarle teorías sobre los afectos y consolarlo como niño, hasta que llegaba el amanecer y Ricardo Rivera se transfiguraba, vestía su uniforme de maratonista y a correr. Ricardo era y creo que sigue siendo el tipo de hombre que por haber creído las teorías de Nietzsche sobre el superhombre, utilizaba todas sus fuerzas para ir más allá de sí mismo hasta alcanzar lo aparentemente imposible de alcanzar. Súbitamente nos enteramos que estaba participando en el taller literario de Oyarzábal y que cada sábado entregaba veinte o treinta cuartillas y la siguiente noticia fue que había quedado finalista en un concurso muy grande en

España y después que había publicado una novela en Barcelona, y de ahí en adelante sólo lo veríamos en las noticias, ganando concursos, publicando libros, dando declaraciones lapidarias, pero para mí ha seguido siendo el hombre que lloraba en la oscuridad porque su madre había traicionado su apellido al entregarse a unos hombres deplorables.

4. BYRON

Para Byron no hay en realidad pecados, todo lo que podría parecerlo queda borrado por el gozo del presente. Nunca olvidaré el día en que se iba a casar, justamente unas horas antes de la ceremonia, me llamó aparte y con una sonrisa de querubín —su característica principal, su don, es que haga lo que haga no pierde un aire de perfecta inocencia y un halo de simpatía contra los que es imposible luchar—. Byron, antes que meterse en filosofías, prefiere recordar los territorios de guerra y los íntimos placeres de los niños. César optó por borrar el pasado y nunca está dispuesto a hablar y ante cualquier inquisición lo que hace es arquear las cejas y exhibir una sonrisa entre irónica y amarga. Nadie como él en realidad debe saberlo todo, pues es el mayor y lleva sobre nosotros dos años de ventaja, dos años de memoria. César, Dardo y Ricardo en una lucha por el poder, con diferentes medios: el mayor con la fuerza, la arbitrariedad, la violencia que le hizo salir en un raptó de furia y ebriedad al centro de la Carretera Panamericana donde quería ponerle el pecho a un trailer de cuarenta toneladas, Dardo, que ejerció el mal sistemáticamente, disfrazándolo de bien, extorsionando, que le metía las manos hasta el codo en el pecho a las primas —particularmente a Cristina Elena Trina Soledad Ninoshka Garbo Rivera Ruvalcaba (nombre que fue una mamada de gallo bastante ocurrente de nuestro tío Estuardo, ese enano de ojos grises que apenas alcanzaba con su coronilla la cintura del doctor) tras aterrorizarlas con historias de posesiones diabólicas e incluso llegó a batallar contra la virtud de Felicia, nuestra hermana, que curtida en asuntos de torear machos, supo ponerlo en su lugar, Ricardo, que entre lágrimas de sentimental, bogó en una infancia de libros prohibidos, sueños de esplendor y derrotas en la realidad que consideró generalmente deplorable y que siempre confió en la literatura para alcanzar sus venganzas.

Déjame hablar de lo que llamo íntimos placeres: Recuerdas que Doña Edith nunca estaba en casa. Sí, que trabajaba por la mañana en el Colegio de Monjas, por la tarde en Radio Sinaí y por la noche en el Liceo Nocturno. Tal vez allá en sus trabajos de dieciséis horas diarias fuera más feliz que en casa, con seis hijos en la flor de la insolencia y

una niña en la culminación de la pubertad. Tal vez, el caso es que salía a las siete de la mañana, cuando todavía había fragancia y frescura en el aire, en ese pueblo de polvo rojo y putas que era San Isidro, en el puro culo de Costa Rica y no regresaba sino hasta las diez de la noche, cuando caía derrotada en cama, durante los años en que no tuvo hombre, que fueron los primeros de nuestra estancia en San Isidro. A eso llamo los íntimos placeres de la infancia: a la absoluta libertad que tuvimos de niños para ser exactamente lo que queríamos ser. En nuestra familia hay una enfermedad muy especial, que me atrevería a llamar el Síndrome del Agua. Todos, absolutamente todos sentimos por el agua de los lagos, ríos, lagunas, mares, por todas las aguas salvajes y solitarias, una atracción inexplicable.

5. DELFÍN Y DARDO

No olvido, dice Delfín, el doctor, nuestra llegada a una playa absolutamente solitaria en Florida. Eso sería en el 61, después que escapamos de Colombia huyendo del acoso de la familia de papá. ¡Qué tiempos aquellos! Eramos ocho contra el mundo. Nueve, replica, Dardo, pues ya en ese tiempo doña Edith estaba estrenando macho. Pedro Pablo era el hombre de la casa. Ah y qué vago tan maravilloso el Pedro Pablo: la vida se le iba en cantar, bailar e inventar ocupaciones en una casa en la que todo estaba resuelto. Había dinero entonces, imagino que muchos dólares, pues doña Edith se dio el lujo de desaparecer de Bogotá, después de malbaratar todo lo que pudo, con sus siete hijos y su amante, dejando a los tíos con un palmo de narices.

¿Se acuerdan del día en que apareció en la casa de Bogotá Pedro Pablo, *Pierre Paul*, como lo llamaba mamá? No puedo precisar si fue antes o después del sepelio de papá. Porta un desaforado maletín lleno de herramientas y un uniforme —todo nuevo, como recién desempacado, hasta con las arrugas del empaque— y entra convertido en un huracán, comienza a esparcir herramientas por los baños, al lado de las camas, en los alféizares de las ventanas, no cesa de hablar mientras martillea, serrucha, enrosca y desenrosca tuercas sin quitarse el cigarrillo de la comisura de los labios, muy profesional para ser auténtico, y pronto doña Edith le está enjugando la frente sudorosa y diciéndole *mon fou, mon chou, bébé* y otras ridiculeces y los niños pequeños encantados con aquel embaucador que antes de una semana ya los está besando con pasión de padre.

6. ESPLENDA

Estuardo Rivera, el tío de ustedes y padre mío, fue el tercero de los Rivera Camacho. Pequeño, pasaba apenas del metro sesenta, entre sus hermanos que rebasaron todos los uno noventa, blanco, no indio como Ricardo Rivera el viejo, su hermano, que era indio pero un príncipe, mi padre de ojos grises y siempre risueños, fue un juguete en manos de las mujeres. Nuestra vida de hijos puede dividirse en dos etapas claramente diferenciadas: gloria y penitencia. Gloria mientras vivió nuestra madre, que terminó consumida por el fuego de un colchón incendiado por un cigarrillo, penitencia cuando murió y tomó las riendas del hogar la lechuza perversa de Elke. Su primer acto fue deshacerse de los hijos. Los niños a internados, las mujeres a los claustros. Elke, cuyo origen jamás conocimos, era una de esas tipas melosas e hipócritas, que lanzaba gritillos de alegría cada vez que regresábamos e inmediatamente comenzaba a dispararnos reproches. Era ella quien manejaba el dinero, el coche, la casa, las sirvientas, con una especie de histeria borboteante que nos obligaba a hablar en voz baja y a dirigirnos a ella sin mirarla a los ojos.

Los claustros eran exclusivos y severos en exceso. Sólo en vacaciones salíamos las mujeres de esos calabozos. Como la convivencia con mi madrastra fue imposible, ello me servía siempre de pretexto para buscar refugio en casa de mi tío Ricardo. Mi imagen de Edith durante los años en que estuvo casada con el doctor es la de una especie de concubina de lujo. Eternamente embarazada, con un batallón de sirvientas a su servicio y una niñera para cada uno de sus hijos, llevaba una vida de absoluto abandono, en Bogotá o en alguna de las varias fincas de los alrededores: Santandercito, Chaguaní, Suba. Con sus batones de seda oriental, sus kimonos, sus kaftanes y esa cabellera negra de brillo espléndido y sus enormes panzas que albergaron a los bebés gigantes que serían los Rivera Barbieri, se dedicaba a leer, a contemplar a sus niños, a esperar al doctor, que llegaba una vez al mes cargado de regalos y de fuerza viril y le dejaba a manera de semillas una nueva criatura, si es que la tierra estaba disponible. Si el doctor hubiera seguido viviendo hasta los setenta, los niños no hubieran sido siete sino veinte.

Al terminar el bachillerato hice un viaje y al regresar encontré que mi tío Ricardo había muerto. Gracias a Dios, como mi padre estaba en el exterior, no asistí a los funerales, que fueron un desastre. Mi tío recibió el sepelio religioso que él no hubiera querido tener nunca. Se le enterró de acuerdo con su rango. La tradición de los Rivera Camacho había sido de un ateísmo rampante y como figura representativa se ponía al abuelo Ricardo, que antes de morir llamó a sus hijos y les dijo: Quiero que me

pongan de pie. Una vez erguido, con sus dos metros de estatura y sus noventa y cinco años, dijo: muero ateo, masón y macho. Eso dijo el patriarca que se había jugado sus fincas a los gallos y a las cartas y que había sido el señor feudal de extensos territorios de lo que hoy es el departamento de Cundinamarca. Quién sabe cuántos centenares de Riveras bastardos están todavía circulando por las sabanas de Bogotá.

En la iglesia los hermanos del tío Ricardo segregaron a la Chola —el apodo de Chola lo trajo de Argentina y lo lucía con orgullo— y a sus siete hijos, dejándola sola, absolutamente sola, más sola que nunca, pero ella no demostró verse afectada en absoluto y más bien tomaba esos desaires con buen talante, pues tenía trazado su futuro desde meses antes de la desaparición de mi tío. Era de una dignidad real, de una elegancia algo brusca que envidiaría Greta Garbo. Mi ingreso a la universidad fue a los seis meses de muerto el tío, cuando terminé a pesar de mi carácter endemoniado, el bachillerato en el claustro. Todavía recuerdo el día en que se abrieron las puertas de ese convento como el día de la plena realización de mi voluntad. Sentí que me nacían alas. Miré a la madre superiora a los ojos y con esa mirada quise expresarle todo el odio, toda la antipatía, toda la ponzoña que ella y sus huestes inquisitoriales habían sembrado en mi corazón. No sabía, ay, que ese huevo de serpiente de la religión cristiana y los principios morales anidarían en mi corazón y que los mandatos divinos iban a marcar mi vida hasta la muerte, porque el día en que me casé con Magno Prampolini fue el mismo día en que me cortaron las alas que me habían nacido al salir del convento.

7. BORIS Y CÉSAR

No creo que sea inexplicable esa atracción que tenemos por el agua, dice Delfín. Nosotros nos criamos en dos territorios bien delimitados: los colegios de la aristocracia bogotana y las fincas de tierra caliente, entre montañas y valles, por los que corrían los ríos más sublimes del mundo. Era el territorio de la bienaventuranza. Ustedes tal vez piensen que aquello era el paraíso, la Colombia del bambuco, el guarapo, la guabina, porque no recuerdan los tiempos de la violencia, que a mí sí me tocaron. Yo nací en 1947, dice César, tiempos en que el campo colombiano se había transformado en un territorio de exterminio que haría palidecer a los centros de concentración nazis. En esos días conservadores y liberales competían por inventar las torturas más atroces: abrir el vientre a madres embarazadas, arrancar los fetos, tirarlos a esos ríos de aguas limpias, luego encerrar un gato vivo en el vientre de la madre, coserlo y dejar a la

mujer amarrada a un árbol. ¿Por qué? Por el simple hecho de ser conservador o liberal.

A nosotros no nos tocó la violencia, dice Delfín, ni siquiera existíamos. Yo también recuerdo con placer esas salidas al campo, llegar al río, pasar dos, tres días perdidos siguiendo el curso hasta llegar a las alturas, caminar entre las piedras, luchar contra los torrentes, comer iguanas a la leña abatidas a pedradas de los árboles indolentes y volver a casa curtidos, para encontrar la sonrisa cansada de doña Edith, su voz siempre comprensiva o resignada. A eso llamo infancia feliz. Eso fue ya en Costa Rica, dice Dardo, quizás diez años después, cuando éramos tan pobres que yo tenía que vender macetas y revistas *Vanidades* por las calles.

Nosotros, los menores, vivimos bajo el imperio de los bárbaros, César, que era un Sardanápalo, Ricardo, el soñador dizque poeta, y Dardo, que debajo de su máscara de santo dejaba ver los pelos del diablo, los menores de alguna manera casi milagrosa conservamos la bondad, el optimismo. En la enorme casa de madera (todas se funden en una, con largas escalinatas, porche, buhardilla, pisos crujientes e instalaciones de luz visibles) los menores, Byron, Boris, Delfín y Felicia supimos sobrevivir amablemente, comiendo lo que buenamente encontrábamos, mientras ustedes, los atilas, andaban en el monte, en los prostíbulos (nunca he conocido un más auténtico pueblo de putas que San Isidro), en la vida real, incluso en el trabajo.

8. RICARDO

Pero de lo que quiero hablar es de la muerte de mi madre, porque hay en la muerte de los seres amados una especie de cristalización de la vida, que uno debe, de alguna forma entender. ¿Entender? O tal vez simplemente analizar, vivir a plenitud, gozar de la muerte, el placer de la muerte de un ser amado. Recuerdo, dijo Delfín, que tiene de la muerte una experiencia directa, y una actitud a veces casi pagana, que se origina quizá en su profesión de médico, recuerdo algo que me contó doña Edith sobre la muerte de papá.

“La próxima vez que tenga un ataque es mi voluntad que me dejes morir tranquilo, que no llames a nadie, que tomes mi mano y me veas pasar de esta vida al otro lado. Y que no sufras ni el filo de una hoja. No sientas pena por ti ni por mí. Yo ya estoy suficientemente viejo para saber que nada bueno me espera aquí y tú lo suficientemente joven como para organizar dos o tres fiestas.”

Mi madre obedeció al doctor, como lo había obedecido durante tantos, cuántos, años y seguiría obedeciéndolo, como si el viejo, en su lecho de

muerte le hubiera dictado el guión del destino a mi deliciosa madre, que supo amar una y otra vez, a tantos y tantos que me atrevo a decir no la merecieron.

9. DARDO

Sí, recuerdo, yo me acuerdo, dice Dardo, que la casa de Bogotá, tres meses después de la muerte del doctor abrió sus puertas a una fiesta sin límites. Las salas antes clausuradas, los objetos que eran intocables, las vajillas de las grandes ocasiones, los baúles llenos de porquerías de plata cuyo uso ya nadie conocía, se convirtieron en juguetes de los niños. Las gigantescas lámparas colgantes, esas joyerías aéreas llenas de reflejos, fueron lazadas por César quien se descolgaba como Tarzán de un sillón a otro. Viejos y antes sagrados cofres y baúles liberaron sus secretos para deleite de todos. Desde las azoteas de la casa los transeúntes eran asaeteados por proyectiles lanzados con cerbatanas. Aquellas hazañas y desafueros apenas merecían suaves reconvenciones de parte de mamá.

10. RICARDO

Al despertar los niños, dice Ricardo, que ni siquiera eran obligados a ir al colegio, hallaban grupos de personas durmiendo en las alfombras y los sillones al lado de la chimenea, en la biblioteca, o todavía despiertos, jugando cartas, bebiendo, conversando o en cariñosos coloquios. Algunos habían acampado en el jardín interior, otros estaban en la cocina o en los baños. Había ceniceros rebosantes distribuidos por todas partes, botellas y vasos bajo los sillones, murales improvisados en las paredes, ropa dispersa, restos de comida. Las ánforas, la porcelana Imari, las vasijas de cristal cortado traídas de Alemania, las cráteras con sus hermosos dibujos de guerreros en pelota y odaliscas danzantes, se convirtieron en basureros, recipientes de colillas y ceniza o enormes vasos para la bebida comunal. Había quienes al bañarse dejaban que el agua escurriera fuera de las tinajas y que invadiera la casa. Luego salían envueltos en toallas, a fingirse togados romanos, hetairas, faunos, ninfas, sátiros. Cantos en italiano, discusiones sobre la situación del país, literatura, teatro, filosofía, disputas entre enamorados, golpes de tambor y música de guitarras llenaban por completo el ámbito y tiempo de la que antes fuera un templo del deber, la casa del doctor Rivera Barbieri. Recuerdo que una vez, dice Ricardo, todos los niños, incluso Felicia, que tendría dos o tres años, nos emborrachamos, sentados a la mesa del comedor con grabados

del Quijote, obligados por César, quien a ritmo de tambor nos decía ¡Felician! La casa estaba vacía entonces, mamá había salido en el Cadillac con su séquito, para seguir la francachela en Santandercito. Recuerdo, dice Ricardo, que una vez vi pasar a doña Edith abanicando con su falda el aire, subía las escaleras con una especie de sigilo, rozaba con la palma y las yemas de sus dedos la superficie pulida del barandal —un barandal de madera africana por el que nos deslizábamos sentados, dice Dardo, hasta caer sentados sobre la alfombra del primer piso—, quise llamarla pero en ese momento vi que tras ella venía, a grandes pasos Pedro Pablo, *Pierre Paul* —sí, agrega Dardo, el tipo que llegó a casa tras la muerte de papá a fingirse fontanero y que fue la avanzada de aquella invasión de bárbaros—, lucía su atuendo de mecánico de película gringa y portaba una llave inglesa en la mano, subía los escalones de tres en tres, tan deportivo y alegre, tan de la casa. Salí como un fantasma de mi habitación, dice Ricardo, deambulé por los corredores del segundo piso, entré a la biblioteca, retorné al pasillo central. Las luces estaban apagadas y las cortinas opacaban un atarceder bogotano de esos que le daban a uno ganas de echarse a llorar. Al fondo, en la habitación de la esquina, generalmente deshabitada, en el cuarto de ventanales altos y curvos desde donde se podía ver el cerro de Monserrate entre brumas, creí escuchar sonidos desacostumbrados. Avancé agazapado entre sillones —todo era desorden en casa, aquello era un laberinto sin salida—, contuve la respiración, temblaba como una hoguera al viento. ¿Cuántos años tenía entonces? Tal vez ocho o diez. Temía que la puerta se abriera o que alguno de ustedes comenzara a subir las escaleras o que estuviera siendo sometido a espionaje por parte de César, que ya desde entonces comenzaba a exhibir un despotismo insufrible y quería tener el control de una casa que parecía a punto de derrumbarse como la Casa de Usher. El corazón me batía en el pecho y era como un inmenso tambor que anunciaba a todos mi presencia. Llegué cerca de la puerta y me escondí tras un sofá tapizado con seda negra, ese sofá que inexplicablemente tenía como incrustada la forma de un cuerpo. El de mi padre, pensé, que sigue vivo y se oculta en los sótanos y sale por las tardes a rondar la casa. Avancé un poco más, pegado a la pared. Escuché susurros. Susurros nunca antes oídos, como de persona enferma y angustiada, y sin embargo llenos de calidez, de ternura animal, de alegría contenida, movimientos, arrullos como de gato acariciado y feliz, lánguidas voces que pedían mimosamente, que aceptaban, que negaban. Súbitamente una explosión de júbilo y el silencio. Supe que debía huir pero no pude. Se abrió la puerta. Apareció medio cuerpo de mi madre. La mano suya aprisionada por una mano ajena. Estaba sonriendo como pocas veces la había visto

sonreír y parecía querer escapar sin quererlo. Recuerdo claramente sus palabras. “Gracias por el remedio para melancólicos”, dijo Delfín, “esa fue la frase que usaste en tu novela. Creo que has inventado una cantidad de acontecimientos y que has tergiversado la historia”. No tengo disculpa, respondió Ricardo, me he pasado años investigando la vida de doña Edith y ya no sé diferenciar lo que inventé de lo que viví.

En Estados Unidos fuimos turistas de cinco estrellas, en Costa Rica nos llegó la ruina y el deleite de hacernos hombres en un sitio donde las mujeres desvergonzadas eran multitud y la mujeres bellas y altivas tan inalcanzables como putas al revés. En Costa Rica doña Edith se multiplicó (fue profesora de francés, locutora de radio y tuvo mil oficios, conjeturo que todos honestos) y logró educar a sus siete hijos. De todos modos tuvo otro hombre, un ajedrecista loco que lloraba todas las noches de amor y al que tardó varios años en expulsar de su lado.

11. EL TÍO RUGGIERO

Santa Fe, 11 de noviembre de 1992

Ricardo:

Ayer recibí tu larga y dolorosa carta, la he leído muchas veces desde entonces y mi corazón se sobrecoge aún; no por imposible el tránsito sino que cala muy hondo en mi corazón que siempre latió recordando a Edith y potencializando situaciones hartamente difíciles y peligrosas sin estar seguro que siempre había un regazo cercano, una mano cariñosa, una dulzura en la mirada y muchísima comprensión.

En diciembre viajaré a Río Cuarto donde mi hermana menor, que convivió más con Edith, lo mismo que Beatriz; ellas me adelantarán detalles por mí no conocidos, ya que muy joven yo por desinteligencia con mi padre me tuve que ir de casa. Me recogió primero mi madrina, que vivía pobremente en la ciudad de Rosario y a posteriori, el que sería luego mi cuñado, médico ya fallecido y esposo de mi hermana Nohemí Raquel.

Mi padre, hombre autoritario e intransigente, montó una vida basada en lo que él estimaba justicia, rectitud, honradez, en conformidad con una sociedad en cierta medida carente de comprensión a las debilidades humanas. No supo o no quiso entender a los demás y se plantó siempre. Así fue que mi madre, un espíritu de luz de carácter pálido, no pudo domeñar tal furia desatada y aceptaba, aunque no siempre compartía, la postura de su esposo, cuya lengua era un látigo que nos perseguía día y noche y cuyas exigencias a veces extravagantes se agravaban con el paso

de los años. Yo me rebelé. Edith con mayor violencia, pues su carácter le vedaba aceptar cualquier humillación. Así nació una lucha sorda.

La personalidad totalmente independiente de Edith, chocó contra las exigencias de mi padre una y mil veces. Ella no podía aceptar lo que no creía justo. Entre esos dos personajes tercos como fieras se levantaba temblorosa y callada mi madre. Como yo sólo vivía temporariamente con ellos, muchos aspectos y detalles de esos años los desconozco. Ayer tarde, hablando sobre las personalidades tan particulares de algunos parientes, una prima mía, en cuya casa estuvo alojada Edith un tiempo, me comentaba que, accediendo al pedido de mi padre, solicitó a mi abuela materna, Josefa Doldan de Barbieri, le consiguiera a Edith un puesto de maestra en Santa Fe, donde la anciana residía. Se concretó el pedido, pero mi abuela, de vieja estirpe y muy apegada a normas de conducta monacal, al tiempo le pidió a papá retirara a Edith de su casa. Las costumbres de la niña no casaban bien con el ambiente monacal acostumbrado: fumaba día y noche, tomaba vino con unos individuos de dudosa calaña durante las noches bajo los almendros, escuchaba música a horas poco convenientes, no permitía que nadie le fijara normas de conducta, y siempre que se le mencionaba a Dios o la religión decía que no comerciaba con fantasmas. Llegó al extremo de apedrear a una monja que quiso hacer los buenos oficios de encaminarla por una ruta de honestidad y decoro. Doña Josefa Doldan de Barbieri no veía con buenos ojos la libertad fuera de época con que se manejaba Edith. Tu madre fue sin duda una mujer de avanzada desde su niñez y ello, si bien satisfacía su ego, no era comprendido y aceptado en algunos lugares. Su padre, cuenta Graciela Barbieri, bajó a Santa Fe y tuvo una larga charla con Edith a puerta cerrada. Nunca se supo qué se dijeron ahí. A poco de retirarse mi padre, llega a casa de abuela un auto lujoso, baja un hombre de buen porte y le pide a Edith salir. Ella accede y a las horas regresa con una novedad: “Me caso”. El individuo a quien no conocí se llamaba Máximo Bosch o algo por el estilo. No supe nunca dónde se conocieron. Este hombre se conecta con mis padres adelantándose que quería casarse, no en nuestro país sino en Uruguay. Un tira y afloja, el hombre se presentó todos los días en auto Borward último modelo, con chofer galonado, durante un mes con ramos de flores y obsequios dignos de una Cleopatra, en un hogar donde apenas el dinero alcanzaba para lo indispensable. Hubo largas juntas entre el padre de Edith y el individuo, hasta que se concretó la aceptación casi a regañadientes, y no creo equivocarme al decir que nuestro padre cedió a Edith por una razón menos que generosa: quería deshacerse de aquella bribonzuela y endilgársela a ese hombre que se mostraba tan entusiasta.

El matrimonio duró poco por razones que no conozco. Tal vez la diferencia de edad o el carácter caprichoso de Edith, tal vez algunas costumbres del hombre que no agradaron a la niña. Tengo mis sospechas de las razones, pero no me atrevo a expresarlas. Edith viajó a Buenos Aires, a Europa, a Medio Oriente, entiendo que sola, a su regreso se alojó un tiempo en casa de un primo nuestro; a posteriori se estableció en un hotel de lujo y ahí parece que conoció a tu padre que asistía a un congreso. Nunca supe cómo se proveía Edith de dinero para viajar y sostener ese tren de vida ya que no trabajaba, quizá el ex-marido la habilitó.

Años después tuve noticias de ella muy perdidas en el tiempo. Supe que residía en Colombia. Nos mandó fotos de ella con los chicos que tenía entonces, frente de una casa señorial, que daba cuenta de la prominencia del esposo, el doctor Ricardo Rivera Camacho, y de una situación económica brillante. Se cortó el contacto epistolar por años. En ese ínterin realicé gestiones de búsqueda ante embajadas y consulados cantidad de veces. Años después recibí unas cartas. Te las envío. Es lo único que tengo, pero en tus manos estarán bien. Lee y verás.

Muchísimo me confunde la alusión a que pudo haber un hecho erróneo entre ella y yo. Fuimos compañeros y buenos hermanos. El único cargo de conciencia que tengo y que no me perdonó fue que un día en discusión y pelea con ella la perseguí y empujé. Cayó sobre un alambre de púas y se lastimó desagradablemente una mejilla, muy cerca del mentón. Los años entonces no borraron la cicatriz y ella, orgullosa y coqueta, se sintió mal. Eso fue todo. Si analizas las cartas que te envío verás que el inicio y terminación de las mismas acusan cariño.

Yo fui el único que la rastreó en el tiempo. Mis padres y hermanos jamás lo hicieron. La dieron por perdida. Yo jamás perdí la esperanza de volver a verla. Y la volví a ver. Las pruebas están en las cartas que te envío. La situación política de los países en los que vivió a través de la prueba acusaban situaciones peligrosas.

No te imaginas las noches que yo pasaba pensando en ese pájaro libre del que no tenía noticias. ¿Vivirá? ¿Sí? ¿No? ¿Quién lo acompañará? Toda una incógnita.

Durante la visita que le hicimos a San José de Costa Rica yo y mi esposa Edith Thais, nos adelantó por qué había roto todo contacto. Temía que, a través de la correspondencia a Argentina, se pensara que nosotros también podíamos estar en la tesitura política que ella sustentaba. No quería involuntariamente hacernos un posible daño.

Hay cartas extraviadas donde me habló de un tratamiento a un alcohólico con el que creo convivió. No estoy seguro si fue así. Siempre el

corazón abierto para los sin brújula y desvalidos. Si hubiera escrito su vida habría sido alucinante, sin lugar a dudas. Mi visita a San José me mostró que no era feliz con el sandinista Buenrostro, no sé si el tercero o cuarto de sus maridos, para mí un mercenario lleno de utopías, que también compartió mi hermana. Mujer inteligente, luchadora, eficiente, emprendedora y por sobre todo fantasiosa, nunca alcanzó a comprender que el hombre es un ser mezquino, hipócrita, interesado, deleznable en muchísimos casos. Altruismo, desinterés, generosidad son casi siempre palabras altisonantes, nada más.

El mundo es un caos, las luchas, guerras, opresiones vividas no han servido para ejemplo; se insiste, se cae, se denigra, se pierde, queremos levantarnos y hay siempre quien quiere aplastarte por rencor o envidia.

Abraza a tu familia de mi parte y recuerda que en Argentina hay un hermano en el dolor.

Ruggiero Candiotti